

CHINA EN

EXPERIENCIAS
DE UN VIAJE
MILENARIO

Sara Arroyo
Kogson



PERSPECTIVA



R
T
E
I
T
V
R
A
O
S
P
E
E
C

Recuerdo con especial encanto aquel verano de 2015 en que atravesé el Atlántico, crucé Europa, recorrí la extensa Rusia pasando por Asia hasta llegar a la milenaria China. Un lugar que más que un país es un universo en el pacífico cuya cultura, economía y realidad distan tanto de la nuestra que se requiere una lupa para admirarlo, para conocerlo, para amarlo. Hoy, simplemente, miro atrás con asombro, con gratitud por haber estado allí, en un país que me hizo deslumbrar de las maravillas de este mundo, de la grandeza detrás de cada cultura y de nuestra pequeñez, nuestra fragilidad en medio de este universo. Pienso pues en aquellos quienes por distintas razones no les es posible llegar a estos destinos tan desconocidos y mágicos, que cobran sentido y ganan significado cuando descubrimos los pensamientos, sentimientos y aprendizajes que un viaje como éste suscita en nosotros y lo mucho que nos ha dejado.

Ahora bien, quiero resaltar que desde la Torre de Televisión Perla de Oriente, desde el Lago del Oeste, desde los Guerreros de Terracota y desde la Gran Muralla China el mundo se ve distinto. Se ve, desde mi perspectiva, un tanto más grande, más complejo, más caótico y más profundo. Más aún, ese todo que llamamos Asia se descompone poco a poco, en cada país, en cada región y en cada ciudad. Basta con llegar a Shanghái y trasladarse a Hangzhou donde los pai-

sajes se transforman de rascacielos a colinas, lagos y jardines imperiales; o andar un poco más y llegar a ciudades espléndidas donde los templos y los palacios deslumbran a quienes los visitan. De esta manera, andando, aprendí que Shanghái, Hangzhou, Xi'an y Beijing son destinos que tienen que ser visitados para ser conocidos; pero recorridos para ser experimentados. Experimentados en las calles, allí en las calles llenas de gente, de luces, de caracteres, de olores, de gestos, de palabras incomprensibles; allí donde en medio de la barrera del idioma te dejas llevar por los ríos de gente en algunas avenidas, en el metro o en un tren.

L
D
C
E
E
A
J
S
O
A
S

Nuestro primer destino fue la megalópolis de Shanghái. Aquel primer día, nos esperaba nuestra primera comida china. Tras una hora de viaje, llegamos a un edificio bastante pequeño, algo así como un centro comercial con un único restaurante en el último piso donde nos llevaron a almorzar. Al ingresar al restaurante me sorprendí al ver las mesas del lugar, eran redondas con un cristal giratorio en el centro donde los meseros ponían los platos que iban saliendo de la cocina. Era la primera vez en mi vida que iba a un restaurante de este estilo, pero no sólo se trataba de lo interesante que me resultaba la mesa redonda con el centro giratorio; sino cómo esto era un reflejo de la cultura china, de la importancia de la familia, el grupo o la comunidad. Estas mesas permitían congregarse a un gran número de comensales quienes se juntaban allí para compartir distintos

platos típicos (diez o doce), pero particularmente entendí que comer entre muchas personas es de lo más común, en un contexto donde se debe servir a los demás antes de servirse para sí mismo.

Al día siguiente, salimos con prontitud del hotel en dirección al puerto de Shanghái. Recuerdo que era el segundo día de junio y descubría desde tempranas horas de la mañana a los locales practicando el Taichí en las esquinas de las calles. Estaba gratamente sorprendida al ver en aquella lluviosa mañana a grupos de señoras, tal vez de sesenta y hasta más de ochenta años de edad practicando este arte marcial basado en los principios del taoísmo; lo cual dejaba ver que esta reunión matutina era algo sagrado que estas mujeres practicaban sin importar las condiciones climáticas. Nos adentramos un poco más en las avenidas ante filas interminables de autos que cruzando de un lado a otro trataban de escapar de un trancón, recordándonos que estábamos allí, en Shanghái, aquella ciudad impresionante con más de 24 millones de habitantes. De esta manera, entre el caos de la mañana, las avenidas y los rascacielos continuó una jornada llena de reflexiones y aprendizajes que aún medito y que me cuestionan sobre cómo la historia, la tradición y la cultura milenaria de este país ha forjado hasta el más mínimo detalle de su sociedad. Lo anterior, como he podido mencionar, se iba evidenciando en detalles como los de las congregaciones matutinas, hasta las vespertinas que encontré en Xi'an, como la experiencia de almuerzos colectivos y la reverencia "transgeneracional".

S E N
O S D A
B T E O
R E, S T
E E U E
L R

Pasados cinco días, partimos de Shanghái a Hangzhou y de allí a Xi'an. Esta antigua ciudad alberga nada más y nada menos que una de las maravillas del mundo: los Guerreros de Terracota, considerados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Aunque resulta importante hablar de ellos por su legado histórico para el mundo, sé que si es de su interés encontrará fácilmente algunas reseñas de la historia de los Guerreros y del Mausoleo de Qin Shi Huang¹ (秦始皇) en algún libro de historia o en alguna página web. Por tanto, me centraré en resaltar lo impactante que fue para mí estar en esta ciudad, compartiendo una noche al estilo "Xi'anés". ¿Recuerda que en Shanghái veía en las mañanas a mujeres de avanzada edad practicando el Taichí? Bueno, si bien a las 8:00 de la noche no vi a muchos practicando este arte marcial, en la plaza sur de la Gran Pagoda de la Oca Salvaje se encontraban decenas de personas (jóvenes, niños, adultos) bailando desde música tradicional china hasta salsa. Así pues, me percaté que los bailes en las plazas al igual que la mesa con centro giratorio, o la práctica del Tai-chí matutino representaban el aspecto colectivo de la cultura china.

Finalizados los días en Xi'an, llegó la hora de volar a Beijing. Realmente, son tantísimas las cosas que podría decir de Beijing y de las otras ciudades visitadas

1. primer emperador de la China unificada, a quien le pertenecían estas figuras



Qin Shi Huang, (1850).

que no me alcanzaría un libro para relatarlas. Sin embargo, no quisiera terminar este relato sin resaltar la experiencia de los mercados y bazares. En efecto, tras haber viajado 15.715 kilómetros lejos de casa, quería llevar algunas cosas conmigo. Los mercados son espacios donde la cultura china se muestra en su estado más auténtico, es allí cara a cara con los comerciantes donde comprendes su astucia, su agilidad para el cálculo, su sentido del humor, su compromiso con el trabajo, entre otras características. Más aún, es en los mercados, como en los bazares (como aquel Gran Bazar que visité en Turquía u otros árabes) donde se pone a prueba el arte de regatear, un hecho familiar para los colombianos. Regatear es como diría Ernesto Cortés² (2011) “esa viejísima tradición de negociar el precio de un producto en un sano forcejeo de argumentos entre vendedores y compradores” sólo que en Beijing y en general en China la cosa es bien distinta, y es uno de los sucesos que más recordaré del viaje.

Recuerdo que nos llevaron al Mercado de la Perla (红桥市场). El lugar es una enorme estructura de cinco pisos, donde es posible encontrar de todo: desde souvenirs y cachivaches hasta carteras y relojes de “marca”. Llama la atención la cantidad de gente, casi asinada que se congrega en estos espacios donde todo el mundo está regateando: el colombiano, el francés, el indio, el americano, el ruso, el italiano, el español, entre otros tantos. Realmente, parece “una torre de Babel en donde la calculadora es la reina” (Cor-

2. Editor Jefe de El Tiempo, quien describe el arte del regateo en Beijing en su columna de opinión “Voy y vuelo. El arte de regatear en Beijing” del 21 de mayo de 2011.

tés, 2011). En lo que a mí respecta, me encontraba buscando un impermeable que la profesora Lina había adquirido en Xi'an por 70 yuanes. Sabía que si ella lo había conseguido a ese precio tan bajo, si regateaba lo suficiente podía conseguirlo aún más barato (60 yuanes era mi meta). Encontré un lugar donde vendían chaquetas, camisas, impermeables y otras cosas que no alcancé a ver bien entre la montaña de artículos que se ofrecían en este quiosco. Indiqué que quería ver un impermeable azul que colgaba en un gancho donde tenían otros tantos, lo ví y me dije a sí misma, este es el que quiero. Acto seguido, la vendedora me pasó la calculadora donde había marcado 200. No estaba dispuesta a pagar ese valor, así que recordé las advertencias de una de mis guías durante este viaje: discuta, pelee, indígnese, póngase bravo y, en lo posible, ofrezca siempre el 10 por ciento de lo que le pidan. Así, marqué 20 yuanes, aunque realmente creía que era un descaro pedir este precio. Entonces, empezó toda una actuación: las vendedoras se alteraron, se enfurecieron, pero sabía que no había por qué temer. Sugerí un nuevo valor colocando 40 en la calculadora, pero ellas se negaban y marcaron 120. Me seguía pareciendo un descaro e indiqué que pagaría 60 yuanes, rechazaron mi oferta y decidí marcharme. En ese momento, recordé que no se debe mostrar desesperación o falta de tiempo, ni hacer caras negativas; pero si no le dan el precio que quiere no sienta miedo de irse a regatear a otro lado, lo más probable es que (como me pasó en otros mercados) el vendedor lo detenga para que no se vaya y termine bajándole el precio. Sin embargo, esto no ocurrió, me fui a buscar otro lugar donde ofrecieran impermeables hasta que encontré en una esquina una mujer con un pequeño quiosco que los ofrecía.

El procedimiento fue el mismo, sólo que esta vez me propuse llevar dos prendas por 120 yuanes. Así, cerramos el negocio con fortuna de que tenía el dinero suelto; de lo contrario, la vendedora me hubiese obligado a gastarlo todo.

H P
A R
S O
T N
A T
O

Tras dejar China el 19 de junio de 2015, reafirmé cuán importante es dejarse deslumbrar, mantener los ojos bien abiertos para aprender de todos esos momentos vividos, de todos esos lugares visitados. Fueron cuatro destinos extraordinarios, con un legado que se esconde detrás de sus paredes y murallas y se refleja en medio de su gente, en sus calles, en una mezcla de creatividad contemporánea y tradición. Así pues, no basta sólo con estar ahí, aprendí que se requiere de la más noble actitud de aprendizaje ante cualquier interacción que se tenga y de esta forma valorar aquellos encuentros con los locales. En este sentido, fue estando muy cerca de los guías donde tuve mi mayor interacción con lo local, con la realidad de cada ciudad; resolviendo aquellas cuestiones que en el camino, en ese descubrir, me iban inquietando y dejando un aprendizaje valiosísimo.

Sumado a lo anterior, debo decir que haber estado en China constituyó una oportunidad de formación académica y profesional realmente extraordinaria. Aprendí que no se trata de años de trabajo para construir megaciudades, para desarrollar megaindustrias y megaempresas; sino de planeación, disciplina y

Li Pei, *Paisaje China*, tinta sobre papel (1920-1930).



compromiso, y la más precisa y eficiente administración de los recursos (propios o extranjeros pero encauzados a un objetivo nacional). Se requiere, pues, de una cultura con unos valores muy particulares que permitan tal nivel de desarrollo y crecimiento. Aprendí que este monstruo asiático con sus megaindustrias no nació grande, sino de algo muy pequeño, de empresas aún muy jóvenes, pero increíblemente poderosas en el mercado local y con fuerte presencia en el mercado internacional. En la China: grande, caótica, polucionada, pero distinta, siempre distinta, con una historia nacional única y tan particular; experimenté lo que es vivir en el mañana, así como en Japón lo que es vivir en el pasado mañana. Más aún, ante tanta divergencia, aprendí a valorar más la diferencia, a interactuar con personas de otras culturas y de otros credos en un ambiente donde la premisa es el respeto y la cooperación, y donde la confianza es el gana-gana de un equilibrio de Nash.

Asimismo, este viaje milenario lleno de contrastes me permitió descubrir que allí en su magnanimidad, cada ciudad visitada guarda también una estela de dolor, de sacrificio, pero también de unión, donde la tradición es arte. No olvidaré las realidades callejeras, las historias de vida de los guías, las palabras de los empresarios, de los embajadores y de aquellos quienes nos acogieron en esta aventura. En este sentido, son sus palabras, sus historias las que hoy me llevan a cuestionarme profundamente sobre el desarrollo y sus alcances, la realidad de los niños en China internados en colegios privados y alejados de sus familias para recibir una mejor educación o la realidad de los jóvenes en Japón donde el interés general es tan fuerte que no cumplir con las expectativas y exigencias nacionales,

laborales y familiares conduce al suicidio. De igual forma, todo esto me llevó a cuestionarme sobre el alcance del modelo político, el poder de la palabra, de una ideología que logró unir a un país erradicando vestigios de antigüedad para encaminarse, revolución tras revolución, en lo que es hoy y sorprendernos por lo que será mañana.

Finalmente, puedo mencionar que este viaje milenario me permitió comprender que si bien adaptación y flexibilidad son un reto grandísimo cuando viajamos, estudiamos o trabajamos internacionalmente, son estos dos elementos la dosis perfecta para entregarnos a una experiencia única y a una vivencia inigualable. Terminaré afirmando que un viaje como este realmente necesita ser compartido, necesita ser vivido; por lo cual lo invito a experimentar la China por usted mismo. Evidentemente, este país con sus singularidades me ha permitido cuestionarme, crecer, aprender y vivir esta experiencia de formas únicas y encontrar que más allá de las fronteras hoy también me llevo amigos y he aprendido a valor lo mío.

Sara Arroyo Kogson